

## Alain Guy (1918-2018): En defensa de la cultura filosófica

*Traducción y comentario de*  
**Santiago ARROYO SERRANO**  
Universidad de Salamanca  
sarroyo@usal.es

El texto de Alain Guy que presentamos a continuación se encuentra inédito en francés. Traducido al español, fue pronunciado por Alain Guy en la entrega de premios del Colegio Berthelot de Toulouse el martes 12 de julio de 1949, con el título original «Playdoyer pour la culture philosophique». El manuscrito original mecanografiado consta de 10 páginas. Lo hemos traducido por *defensa* de la cultura filosófica, también podríamos haberlo hecho como *promoción* de la cultura filosófica, sin embargo, en la línea de la actualidad del texto y su carácter apologético hemos preferido optar por la defensa de la filosofía como una disciplina viva y necesaria, también en el momento presente para dotar de actualidad y vigencia al pensamiento de Guy.

El manuscrito original inédito se localiza en el Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca, aún en proceso de catalogación, por lo que nos es imposible dar una referencia exacta. Lo que sí queremos destacar es que este y otros muchos documentos han sido rescatados gracias al afán y dedicación del profesor Antonio Heredia Soriano, que hizo posible su traslado y recuperación en Salamanca de los papeles de

Alain Guy en Toulouse, donde esperamos que pronto sean clasificados y accesibles a todo investigador.

§

## EN DEFENSA DE LA CULTURA FILOSÓFICA

**Alain GUY**

**E**n una de las escenas más bellas de Jean Anouilh, Creón dice a su nieta, la orgullosa Antígona: «La vida no es lo que crees. Es un agua que los jóvenes dejan fluir sin saberlo, entre sus dedos abiertos. ¡Cierra tus manos, cierra tus manos rápido!»... ¿Sabéis, mis queridos amigos, todo lo valioso que representa vuestra juventud? ¿Y puedo recordaros que esta se construye sobre un porvenir sólido, del que es necesario preparar lo mejor posible su surgimiento desde ahora?

A semejanza de los jóvenes romanos, al salir de la adolescencia, muchos de vosotros dejaréis pronto la toga pretexto para llevar la toga de adulto: entraréis entonces de lleno en la vida. Por tanto, ¿no os hará falta, a partir de ahora, formaros intelectual y moralmente, en vista de esta navegación en alta mar? La mayor parte desarrolla este aprendizaje en el transcurso de sus últimos años de Instituto, y principalmente, sin duda, en los últimos cursos de Filosofía, de Matemáticas Elementales o de Ciencias Experimentales. Como yo soy también profesor de Filosofía, ¿queréis, mis queridos amigos, que busquemos juntos –y muy sencillamente– lo que podría aportaros la filosofía, esta «disciplina» nueva para vosotros y que no deja de despertar la curiosidad incluso de los alumnos más jóvenes?

§

Estamos de acuerdo, francamente, que entre el gran público la filosofía no ha tenido siempre buena prensa. Pedantería e ineficacia, tales son los dos reproches más comúnmente formulados sobre ella.

El epíteto de pedantes, ¿no es cierto que ha sido aplicado tradicionalmente a los pensadores? La multitud profana considera que constituyen una casta cerrada, una élite intelectual que disfruta complicando las cuestiones más claras, «pesando –según la ocurrencia de Voltaire–

huevos de mosca en balanzas de telas de araña...» El teatro a menudo los ha ridiculizado. ¿Habría que recordar la escena de *El burgués gentil-hombre* en la que el maestro de filosofía, presente en medio de una disputa entre los maestros de música, de danza y de armas, proclama con orgullo que «un hombre sensato está por encima de todas las injurias que se le puedan proferir» pero, algunos instantes más tarde..., ¿se pelea furiosamente, a su vez, con sus compañeros? Marivaux, por su parte, en *La segunda sorpresa del amor*, hace una inteligente sátira de un lógico pretencioso llamado Hortensius que no duda en soltar el siguiente silogismo, a modo de madrigal, a una criada a la que corteja: «Se le debe el corazón a quien te da el suyo: yo te doy el mío, por lo tanto me debes el tuyo».

Además, se acusa a la filosofía de ser ineficaz, debido a su intelectualismo arraigado. Se la tacha de inútil, es juzgada como una disciplina puramente teórica y especulativa. Tradicionalmente se concibe al filósofo como un ser pasivo y estático, que asiste como espectador al desarrollo de los acontecimientos. Rembrandt lo pintó, en *Filósofo meditando*, sentado en un gran sillón y prolongando en soledad una vigilia sin alcance práctico.

Esta es la caricatura comúnmente admitida. Y, sin embargo, ¿merece ese sacerdocio de la filosofía, que asumieron genios tan importantes como Pitágoras y Séneca, Platón y Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Descartes o Kant, un desprecio tan severo? Una rápida visión general nos bastará, creo, para reducir a la nada las críticas anteriores.

Aunque algunos mediocres han podido enmascarar, a veces, sus limitaciones bajo una arrogancia muy evidente para el público, la sencillez y la urbanidad siempre han sido, por el contrario, la marca distintiva de los verdaderos pensadores. Sócrates, por ejemplo, no desdeñaba como interlocutor a un humilde esclavo, el joven Menón, al que preguntaba con simpatía. El estoico Cleantes, atleta y aguador, sabía también hablar «como todo el mundo». La correspondencia de Descartes revela «el hombre honesto» del siglo XVII, que se despoja de todo el aparato tedioso de la terminología metafísica. Maine de Biran fue un hombre de mundo consumado y a Bergson se le daban bien las reuniones.

En cuanto a la supuesta ineficacia de la filosofía, la vida de los filósofos ilustres demuestra, contrariamente, el interés de los sabios por los asuntos públicos. Si a veces se aíslan, es precisamente para tomar la perspectiva necesaria para «servir» con más discernimiento a su patria y a la humanidad. Lamartine lo entendió: «Hay que apartarse de la multitud para pensar y mezclarse con ella para actuar».

Todos los grandes especulativos se han interesado por los asuntos públicos. ¿No fue porque su discurso liberador entorpecía los sórdidos

intereses de ciertos dirigentes atenienses por lo que Sócrates fue condenado a muerte? ¿Fue Platón un diletante indiferente al bien de los demás, él que sacrificó su tranquilidad por ir a Sicilia para infundir en el tirano Dionisio una política más humana? ¿Qué decir de Aristóteles, que ayudó incesantemente a Alejandro Magno en el gobierno del universo? ¿Fue un simple virtuoso del pensamiento conceptual el gran Tomás Moro, autor de la *Utopía* que, habiendo sido canciller de Inglaterra, negociador en el Campo de la Tela de Oro y constante protector del pueblo, se negó a sumarse a la ruptura de la Europa cristiana y murió decapitado por haberse opuesto a Enrique VIII?

¿Vivía en las nubes el apasionado Leibniz, que se afanaba en sus gestiones y cartas con soberanos y ministros para garantizar la paz?

¿Estaba en su «torre de marfil» el generoso Berkeley, cuyos beneficios dispensarios de agua de alquitrán y cuidados constantes a la población de Irlanda diezmada por la epidemia permanecieron en todas las memorias?

Más cerca de nosotros, ¿es necesario recordar que los filósofos de la *Enciclopedia* desempeñaron un papel fundamental en el origen de la Revolución francesa? No fue tampoco, sin duda alguna, un soñador ineficaz Karl Marx, quien con su dinámica filosofía movilizó al proletariado mundial y transformó la estructura del mundo.

¿Fueron, finalmente, ajenos a la acción ciudadana los héroes de la Resistencia francesa, figuras emergentes del mundo filosófico, llamados Maurice Halbwachs (el eminente sociólogo), Jean Cavaillès (el gran especialista de la nueva lógica) y Albert Lautman (el brillante profesor del instituto de Toulouse, experto en filosofía matemática), delante de cuya tumba desfilé el 11 de noviembre de 1947<sup>1</sup> con mis alumnos parisinos, en la cripta de La Sorbona?

## §

¿Lo veis, mis queridos amigos? La filosofía puede reivindicar tanto el título de método de acción social o de filantropía como el de sencillez sonriente.

Sin embargo, sus objetivos en nuestros institutos y colegios son, por una parte, intentar, desde un punto de vista superior, la síntesis de

<sup>1</sup> *N. del T.*: el 11 de noviembre de 1947 se inauguró la cripta de la Sorbona, dedicada a diez maestros y dos estudiantes —designados por la Federación de Educación Nacional— que simbolizaban el heroísmo de todos los académicos que murieron luchando por Francia y por la libertad, según se puede leer en la placa inaugural.

los múltiples conocimientos especializados que vuestras Clases anteriores han depositado en vosotros, ser «la ciencia de las ciencias» y, por otra parte, conduciros al umbral de lo absoluto, introduciéndoos en los más grandes enigmas del cosmos.

Durante algunos meses se os invita a una reflexión crítica sobre vuestro saber y a una superación de este acervo en favor de la especulación ontológica y existencial. Por lo demás, toda profundización seria en las materias en las que vuestros profesores os han formado de manera sucesiva os conduce a filosofar, y a que sigáis así el ejemplo del ilustre patrón de nuestra casa, Marcellin Berthelot<sup>1</sup>, que desarrolló de manera natural su pensamiento de químico en meditación de filósofo.

Esa es la razón por la que sin duda la Clase de Filosofía –que Maurice Barrès celebró, de forma muy sugerente, en su novela *Les Déracinés*<sup>2</sup>– tiene lugar al final de vuestros estudios Secundarios. Año crucial, si es que hay alguno, en el que el joven agavilla todo lo que le han transmitido sus maestros, intenta extraer de esta vasta suma de nociones la lección que incluye y se alza al fin a la ambiciosa búsqueda del Ser.

#### §

Pero yo presento aquí vuestra inquietud... ¿Esta confrontación de los problemas y las doctrinas más variadas y complejas, no será para nosotros, me preguntaréis, una funesta escuela de escepticismo? En un libro bien sabroso, *Los pozos de Santa Clara*, Anatole France, cuenta la historia de un joven monje, Fray Giovanni, que percibe en un sueño una gran rueda, compuesta de multitud de hombres de todos los tiempos, teniendo cada uno su bandera particular en el matiz original; de cada boca sale una banderola sobre el que está escrito un lema personal que contradice a todos los otros. Fray Giovanni se siente incapaz de escoger entre todas las innumerables doctrinas que pretende ser cada una la verdad exclusiva e integral: también cae en un desorden profundo. De repente, la gigantesca rueda se pone a dar vueltas y los colores se enredan para dejar sitio en seguida a un bello color blanco.

<sup>1</sup> N. del T.: es el nombre del Instituto de Secundaria donde Alain Guy ejercía como profesor en el momento en que pronunció este discurso. Marcellin Berthelot fue un químico e historiador francés cuyo trabajo y pensamiento creativo influyeron significativamente en la química de finales del siglo XIX.

<sup>2</sup> N. del T.: esta novela, publicada en 1897, cuenta la relación entre siete alumnos de un instituto con un profesor kantiano y republicano que ejerce sobre ellos una fascinación creciente.

Entonces, nos dice Anatole France, el fraile se tranquiliza, comprendiendo en fin que la Verdad no es aquí abajo más que la síntesis de todas las opiniones, aunque sean incluso contradictorias. ¿Es tal la rueda de Fray Giovanni, simbolizando un sincretismo agnóstico, el desfile de los sistemas filosóficos que no corre el riesgo, me objetareis, mis queridos amigos, de dejarnos una deprimente impresión de nihilismo o persuadirnos de que todo es a la vez verdadero o falso?

¡No nos engañemos amigos míos! A pesar de la infinita variedad de las escuelas y de las sectas, hay algunos valores eternos que son comunes a todos los hombres, a alguna de las familias espirituales a las que pertenecen. ¿Existe, por ejemplo, por debajo de los partidos o las iglesias, un «denominador común» (siguiendo la feliz expresión de Lyautey) que nos une a todos en un mismo fervor y en un mismo entusiasmo y que hace no solamente el cimiento de la sociedad sino aún la base de toda educación verdadera?

La primacía de lo espiritual, confianza en la razón, intuición del infinito, respeto de la persona humana, sentimiento de la fraternidad universal en virtud de la tolerancia también y necesitada de la autocrítica, al final, poder de la voluntad y por tanto preocupación de la medida, –tales son los principales temas de la *filosofía perennis*. «Ser un hombre completo, equilibrado, declara Aldous Huxley (en su bella novela *Contrapunto*), es un esfuerzo difícil, pero es el único que se nos ha propuesto... Un hombre es una criatura que anda delicadamente sobre una cuerda floja, con la inteligencia, la conciencia y todo lo que es espiritual a un lado de su barra de equilibrio, y el cuerpo, el instinto y todo lo que es inconsciente, terrestre y misterioso en el otro extremo. En equilibrio, lo que es terriblemente difícil». He aquí lo que os reclama la filosofía.

Evitando todo fanatismo, permaneceréis siempre fieles a la razón, esta «luz natural» como la llama Descartes, privilegio del *homo sapiens* ¡No olvidéis el cuadro de Goya *El sueño de la razón produce monstruos*: un hombre está sentado durmiendo pesadamente la cabeza sobre una mesa, mientras que mil pájaros siniestros vuelan alrededor de él! Al mismo tiempo, la filosofía os enseñará también el sentido del misterio de las cosas. «El último paso de la razón –escribe Pascal– es reconocer que hay infinitud de cosas que la superan». Los pensadores más vigorosos son los primeros en aceptar la palabra de Hamlet a Horacio: «¡hay más cosas en el mundo que en toda vuestra filosofía!». Conoceréis entonces el problema de Dios, que cada uno de vosotros resolverá según el voto de su corazón y en el respeto más grande de las convicciones del otro...



En fin, esperaréis, estoy seguro de ello, de la cultura filosófica más aún que este humanismo eterno; pediréis legítimamente de ella –fuera, de todos modos, de toda intrusión en el dominio de la política–, una iniciación verdaderamente racional a los problemas del día. Os procurará un cierto espíritu y métodos más adecuados, más objetivos y más matizados, para considerar las cuestiones de actualidad, tan urgentes, de nuestro hirviente siglo XX. Mejor que los periódicos o las radios, –o más bien desde un ángulo diferente– la psicología, la moral, la lógica y por encima de todo, la metafísica, os ayudarán a plantear correcta e imparcialmente estas cuestiones.

Será el «Suero de la Verdad», de la emancipación de los pueblos indígenas, de la decisiva promoción de la clase obrera, de la defensa de la paz y la organización internacional, o de nuevo las conquistas de la ciencia atómica, de los más recientes descubrimientos de la metafísica o en definitiva, de las admirables técnicas de la nueva pedagogía –en todas partes la formación filosófica vendrá a prestaros su concurso para permitir un examen más serio y más simple, a la luz de un espíritu crítico más refinado y más leal.

#### §

Entonces veis, mis queridos amigos, cómo las burlas que algunos gastan contra la filosofía son injustificadas. La filosofía no es una ciencia bizantina o extraña a la vida; por el contrario, constituye una auténtica *magistra vitae*, una maestra de vida al servicio del hombre y de la civilización. Bergson observa que la humanidad, cuyos progresos científicos y técnicos han sido inmensos y muy rápidos desde hace un siglo, ha visto agrandar prodigiosamente su cuerpo, mientras que su alma quedaba como la de un niño: declara que, para restablecer el equilibrio roto por esta grave crisis de crecimiento, la humanidad tiene necesidad de «un suplemento de alma...» ¿No os parece la Filosofía toda ella designada para ayudarnos en tarea tan urgente?

Terminaré recordándoos, con el apoyo de mis declaraciones, la fábula de La Fontaine titulada *Los deseos*. Un duende ha prometido a una humilde familia de indios, concederle tres deseos. Los interesados, encantados de similar bendición, piden inmediatamente la riqueza, y sus graneros están en un abrir y cerrar de ojos llenos de cosecha y de frutos. Pero la avalancha es tal, que los desgraciados se encuentran pronto desbordados e imploran al duendecillo para que les libre de esta incómoda prosperidad! El complaciente gnomo satisface este segundo deseo. Entonces, con su gozo en un pozo como antes, nuestros indios

formulan al fin el tercer deseo, el último que les queda: «Pedirán la sabiduría, es un tesoro que no se marcha...».

Como el fabulista, yo también os aconsejo, mis queridos amigos, entregaros por encima de todo a la sabiduría, que es —¿no es verdad?— la filosofía: la única cosa realmente indispensable en la vida.

§

NOTA A LA TRADUCCIÓN Y COMENTARIO:  
SOBRE EL MANUSCRITO, ALAIN GUY Y SU PROYECTO FILOSÓFICO.

**Santiago ARROYO SERRANO**

El filósofo hispanista Alain Guy reunió una rica biblioteca especializada en pensamiento filosófico español, portugués e iberoamericano. Una gran parte de ella la donó en vida a la Biblioteca Nacional de Francia (París), como algunos colegas han mencionado, para demostrar en Francia la consistencia e importancia de la filosofía española. Por otra parte, el archivo documental que había sido reunido a lo largo de toda su vida académica e investigadora, una rica colección documental formada por miles de documentos de toda clase, llegó a Salamanca. Todo ello —así lo vislumbró el profesor Heredia Soriano— es imprescindible para reconstruir no solo su trayectoria individual de hispanista filósofo sino para conocer el origen y desarrollo del Centre de Philosophie Ibérique et Ibéroaméricaine de la Universidad de Toulouse (Francia), único en su género en toda Francia y posiblemente en el mundo. A través de esos documentos puede rastrearse la historia institucional de la enseñanza de la filosofía española en aquella universidad y las vicisitudes de su implantación y difusión más allá de nuestras fronteras. El archivo personal de Alain Guy lo integran los documentos producidos, recibidos o reunidos por el escritor a lo largo de su trayectoria vital, testimonio de la labor realizada en su tarea profesional y en su relación con el contexto histórico en el que la desempeñó.

Es en este contexto donde aparece este documento, escrito cuando sólo contaba con treinta y un años, dirigido a los estudiantes de último año de estudios secundarios en el Liceo Berthelot de Toulouse, después de haber pasado —a pesar de su juventud— por Liceos en Limoges y París. El texto es una verdadera apología de la filosofía y de su utilidad como forma de vida individual y colectiva y sus valores universales. Recientemente Emilio Lledó, en su libro *Sobre la educación. La necesidad*



*de la literatura y la vigencia de la filosofía*, sostiene que «el saber que, partiendo del lenguaje, comunica y humaniza, depende siempre de aquello que la educación nos entrega» (Lledó, 2018: 20). El texto que presentamos reivindica la filosofía primero desde la educación, para los jóvenes y para la vida. Una propuesta teórico-práctica como guía existencial y solución para todos los problemas con un enfoque espiritualista. Un texto del periodo de 1939 a 1954 donde se constituyeron las bases de su programa filosófico y que en el año 1949 marca la elección de lo que sería su futura dedicación: la filosofía española primero y después de la iberoamericana (incluyendo la luso-brasileña), sus autores y sus filosofías, en texto y en los testimonios vivos de sus autores, los de *ayer* y los de *hoy*. El texto muestra una declaración de intenciones, un programa intelectual que marcaría toda la vida quien sería denominado el «apóstol de la filosofía española», un proyecto que comienza desde la educación y la formación de los jóvenes en filosofía, pues su vocación fue encendida por sus maestros, grandes metafísicos, hispanistas y actores sociopolíticos como el que fue su mayor influencia, el bergsonianismo católico Jacques Chevalier.

Alain Guy (1918-1998), fue el gran historiador de la filosofía española en el mundo, estableciendo un minucioso comparatismo del pensamiento español con el resto de Europa y poniendo en valor las ideas de filósofos y filósofas tradicionalmente olvidados y no tenidos en consideración.

Nació en La Rochelle (Francia) el 11 de agosto de 1918. Cursó estudios primarios, secundarios y superiores en París (Liceo Louis le Grand) y Grenoble. Realizó los estudios primarios, secundarios y superiores en París. En el Liceo Montaigne, Louis-le Grand y la Sorbona, respectivamente. Y en Grenoble, como hemos mencionado, bajo la dirección de Jacques Chevalier y Juan Sarrailh, como de Baruzi, Schuhl, Bayer, Gouhier, Bachelard, Wahl, etc. A lo largo de toda su vida tuvo una relación cercana con España en la que pudo ir estableciendo con el paso de los años unos vínculos más cercanos. Jacques Chevalier, fue el maestro que le introdujo de una manera privilegiada en los principales círculos de la filosofía española, especialmente por su estrecha comunicación y amistad con Miguel de Unamuno, de quien fue un amigo personal, y con quien compartió viajes y escapadas a la Peña de Francia y Gredos. El primer viaje de Alain Guy a España fue en el año 1953.

Desde los inicios de su trabajo doctoral en 1938 se dedicó durante toda su vida a rescatar, poner en valor y reivindicar las aportaciones a la filosofía universal de los filósofos españoles. En un primer momento para un público eminentemente francés, cuyo influjo llegó más allá de Francia, convirtiéndose en un habitual de los principales encuentros sobre filósofos españoles, como Unamuno, Ortega, Zambrano, entre

otros muchos. Y es que encontró en España y sus filósofos, como nadie antes, unos valores humanos e intelectuales muy lejanos de los centroeuropeos y nórdicos. En este sentido, su talante ético se configura en la línea de todo el pensamiento hispánico con una fuerte raíz cristiana y humanista, lo que le permite empatizar y situarse al lado de los planteamientos de filósofos españoles. Tenían entre sus peculiaridades un humanismo teocéntrico, hilvanando una tradición propia y aportando sentido a la historia del pensamiento español.

El mismo año 1938 recibió el premio Charraux al mejor estudiante de la Universidad de Grenoble, con sólo 20 años, el mismo año que obtiene la Licenciatura en Filosofía. En el año 1938 obtiene el Diploma de Estudios Superiores, como el segundo ciclo de sus estudios, con la memoria *La Tradition Philosophique de Salamanque et Fray Luis de León*. En 1939 obtiene el Certificado de Estudios Superiores en Biología, en Reims. En 1943 consigue el grado de Doctor en Letras (Filosofía) en la Universidad de Grenoble con el *La pensée de Fray Luis de León: contribution à l'étude de la philosophie espagnole au XVI siècle* (Paris, 1943). Estos trabajos ya nunca le separarían de la senda de la filosofía española e iberoamericana, para mantener una estrecha vinculación emocional e intelectual con las noticias filosóficas de más allá de los Pirineos, desde que Unamuno y el inicio de la Guerra Civil despertaran su curiosidad intelectual por España.

Dedicó los primeros años de su vida laboral a la docencia de enseñanza secundaria, lo que marcaría para siempre su forma de enfrentarse a la realidad. Estuvo trabajando desde 1939 hasta el año 1954 en diferentes Liceos, en Limoges, Paris y finalmente en Toulouse. En el Gay-Lussac de Limoges desde 1939 a 1946. En el de Courbevoie en París, de 1946 a 1948, y desde el 1948 a 1954 en el Berthelot de Toulouse época de la que data el texto, labor que compaginó con la de profesor de la Universidad de Toulouse hasta el año 1959, en que se centró de lleno en la vida universitaria.

En este último Liceo impartió la conferencia que transcribimos aquí y que definía las bases de lo que más adelante se consolidaría como planteamiento filosófico personal y original a lo largo de toda su obra, en la que defiende el carácter práctico de la filosofía y su capacidad para intervenir en las esferas de la realidad. Alain Guy en su discurso envía a los estudiantes un mensaje de humanismo y trascendencia que bien podíamos aplicar a su proyecto vital, un plan programático de lo que serían sus sesenta años dedicados al estudio e impulso de la filosofía, y que hoy seguiría estando de plena actualidad, sobre el papel que la enseñanza de la filosofía debe tener en las etapas de formación juvenil de la persona.

En su obra destacan dos grandes líneas de trabajo: por una parte, la historiográfica, con la recuperación de autores a menudo olvidados y por otra la recuperación y apropiación del mensaje de la filosofía española en sus principales textos. Su planteamiento es una línea de continuidad en toda la historia de la filosofía española y su integración en la filosofía europea y universal. En todas las páginas de su obra, sin matices, quiso demostrar y poner en valor que Salamanca y España cuentan con una verdadera filosofía humanista, desde su prisma, cristiana, integrando la *romanitas* y la *caritas*. Una filosofía que se adaptaba a su concepción de la filosofía, con un fuerte sentido ético y político, pero sin descuidar la necesidad del absoluto y el carácter práctico de los filósofos, lo que le llevó a ser uno de los mejores especialistas en el estudio de médicos-filósofos.

Para Alain Guy, la península ibérica y sus territorios americanos tienen la noble misión del enderezamiento de la humanidad, y en la península ibérica se logró conciliar fielmente tradición y progreso, preparando la edad moderna en el foco humanista salmantino para irradiar así a todo el mundo. El planteamiento del hispanista francés expresa desde el espectro iberoamericano, la propuesta para recuperar desde su tradición filosófica un humanismo espiritual e integral, que viene plenamente a recuperar valores que en nuestro tiempo parecen no tener cabida. Encontró la respuesta el profesor Guy en la filosofía española e iberoamericana, en los filósofos de ayer, y sobre todo en los de hoy. Estos mismos valores son los que propugna en el discurso con apenas treinta y un años y a los que se mantendría fiel durante toda su vida. Mostrar si la filosofía española es capaz de posibilitar el advenimiento de este nuevo humanismo.

La filosofía de Guy es la culminación de una tradición de espiritualismo, vitalismo en las que cuerpo, alma y espíritu se presentan como los elementos fundamentales de su obra. Sin rupturas en la historia de la filosofía española, y tratando grandes temas como el amor, la felicidad y su impacto sobre el alma y la vida. Usó la epístola, y en verdad este discurso más bien parece una carta dirigida a sus estudiantes, como metodología filosófica para transmitir y adquirir conocimientos en simpatía intelectual con el interlocutor. Ya adelantado por Séneca con su naturaleza humanizada, hoy Guy sería un gran filósofo del *tweet*, pues sus reflexiones eran breves pero llenas de contenido.

Este mensaje dirigido a sus estudiantes podría pervivir hoy setenta años después en cualquier aula de enseñanza secundaria. La filosofía de Alain Guy, aún por estudiar de manera integral, tiene un gran dinamismo porque está estrechamente vinculada con la vida, respecto qué hace el hombre y cuál es su curso existencial aplicado a la filosofía. Con su gran conocimiento de la lengua latina nos demostró que la filosofía

en España está llena de «clásicos contemporáneos» a los que hay que prestar atención. Y el camino más directo para llegar a ellos es el de la educación.

La conciencia de su misión histórica y su fuerte compromiso personal, repleto de exigencias de verdad hace que, impresionado profundamente se convierta en un heraldo de la misión hispánica en su obra histórica, que reconoció mucho mejor, con gran objetividad y con un compromiso ético sólido. Recuperando una «humanitas» como corresponde a un hombre íntegro en todas sus relaciones académicas, sociales, vitales, para una valoración comprensiva y amistosa de la actividad del pensamiento. Con una alta consideración por el hombre y por todo lo concerniente a sí mismo, como muestra en el texto, refiriéndose al porvenir de los jóvenes y del papel de la educación secundaria en sus vidas. Defiende y promociona la utilidad de la filosofía, de no formar parte de una casta elitista como filósofos sino con el convencimiento de la más pura sencillez y urbanidad y creencia firme de que la verdad es la suma de todas las opiniones, lejos de todo fundamentalismo y conflicto, donde lo verdaderamente importante es el respeto por el pensamiento del otro, con el que Alain Guy estableció un simpático y feliz diálogo vital siempre.

Porque la filosofía es para Alain Guy acción social, filantropía y sencillez sonriente. Filosofía y vida son lo mismo donde «la primacía de lo espiritual, la confianza en la razón, intuición del infinito, el respeto de la persona humana, el sentimiento de la fraternidad universal en virtud de la tolerancia» son elementos comunes intrínsecos a toda filosofía. Más tarde, se dedicaría Guy a impulsar estos valores, rescatando las doctrinas en los textos hispánicos, pues en ellos encontró una «lección de sabiduría y de energía lúcida sea entendida por nuestra Humanidad actualmente en parto de una nueva civilización que deberá conciliar los imperativos del progreso con las adquisiciones de la tradición» (*Los filósofos españoles de ayer y hoy*, prólogo a la edición argentina, trad. de Luis Echávarri, Losada, Buenos Aires, 1966, p. 10). Los mismos valores universales son los que transmite el texto publicado por primera vez y que nos acerca a un gran filósofo para muchos desconocido en el centenario de su nacimiento.